

Por [María R. Martínez](#)

Me miró y gritó: “Abrakalderos, pata de carnero, baratos yo vendo, muy finos sombreros”.
“Y ¿para qué necesito yo un sombrero si aquí dentro no hay sol?”

“Tal vez para lucir como una poetisa”; y la bruja sonrió observándome; hablamos de las asonancias de su pregón y eso a ella le pareció interesante, aunque insistía: “Mira, niña, un poeta sin sombrero, es lo mismo que una bruja sin escoba”.

“¿Son mágicos? ¿Hacen volar el pensamiento?, pero es que yo no tengo dinero, si esperas hasta mañana la abuela me lo daría, o mamá, quién sabe, ¿cuánto valen?”

Entonces ella exageró los precios y los milagros y a mí se me estaban quitando los deseos de lucirlos.

Como buena vendedora, sacó de su bolsa otros de hombre y no pude respirar, me quedé callada y ella dijo: “¡Este te lo regalo!”

Abuela dice que yo sueño las cosas porque después ella no las puede comprobar, pero yo no estaba soñando y ese era igualito al sombrero de papá, y él es poeta, muy bueno, el mejor de todos, él sí sabe llegarme al corazón, también a mami, claro; con ella se casó y yo nací de una poesía.

Extendí la mano y las dos nos quedamos distantes y serias sin poder alcanzarnos, pero felices.

Antes de irse me dijo: “Evita repetir las terminaciones eo, revisa el texto y márcalo para que puedas rehacer tu historia”.

Cogí el lápiz rojo y subrayé las palabras indicadas; estaba tan contenta, como si hubiera hablado con papá, y ella seguía allí pícara mirándome trabajar, pero la historia quedó así, toda asonantada como una canción:

Ayer me encontré una bruja
que me dijo: “Abrakalderos.
Si quieres ven a comprarme
algunas cosas que vendo:
Un poema que se duerme
en lo hondo de un sombrero
y si quieres te lo pones
aunque el sol no llegue dentro”.
Me regaló el de papá
que es un poeta muy bueno,
pero no le compré nada
porque no tenía dinero.